

• **Ética y deuda externa**

Francisco De Roux Rengifo
Director del CINEP

Tengo que intervenir en este comentario sobre la deuda al lado de Rodolfo González, quien se ha fajado en este debate desde hace meses, y de Jorge Carrillo, quien expresa la opinión y la voluntad de lucha de la CUT. Quisiera hacer una intervención sumamente discreta para dar lugar al debate, poniendo sobre el tapete dos cosas.

1. El significado que para el CINEP tienen estas conversaciones. Para nosotros esto hace parte del acompañamiento que queremos hacer a las organizaciones populares. Por eso, al lado de los expositores, y de los técnicos, de la gente que ha estado manejando las negociaciones del Gobierno y de sus críticos, hemos querido sentarnos también con los sindicalistas y los compañeros de las bases en el convencimiento de que esas ideas tienen que llevarse a las centrales obreras, a los pobladores urbanos, a las organizaciones campesinas, a las organizaciones de base de las comunidades cristianas, a los gru-

pos que luchan por los derechos humanos, a los grupos que son víctimas de las catástrofes naturales. Estos grupos, en primer lugar, viven a diario y de manera drástica esta falta de recursos o de voluntad del Estado Colombiano para dar al pueblo las posibilidades materiales para vivir humanamente; estos mismos grupos, en segundo lugar, son los grandes aportadores de trabajo en Colombia que es definitivamente el único factor de riqueza¹.

Queremos que en estos grupos crezca la capacidad de control sobre la riqueza nacional que se ha dejado a los directorios y a las negociaciones entre un pequeño grupo de dirigentes económicos y políticos a *espalda de lo que el pueblo siente*.

2. Un aporte específicamente de cristiano, porque este problema se ha discutido mucho a nivel del mundo cristiano.

Cuando estuvimos en la reunión de la deuda externa en Cuba, a mediados del año 86, mientras los sindicalistas, los políticos y particularmente los economistas plantearon el problema en estos términos: la deuda no se puede pagar, el millón de millones que debe el Tercer Mundo es imposible económicamente pagarlo. Los cristianos plantearon el problema en estos términos: la deuda no se debe pagar, es inmoral pagar la deuda si el pago de la deuda destruye la vida de los hombres y las mujeres que tienen que restringir sus posibilidades de seres humanos para responder a la misma.

Ese planteamiento ético aparece para un técnico altamente ingenuo. Quiero someterlo a consideración en este contexto porque creo que tiene repercusiones muy profundas y la técnica tiene que escucharlo seriamente para entender lo subyacente en su sencillez radical. Los elementos que aquí están en juego apuntan en la siguiente dirección:

1 El Papa Juan Pablo II ha insistido directamente en poner al trabajo humano y a los hombres y mujeres trabajadores como *causa eficiente primaria* de la riqueza. Lo demás, el capital, es sólo un *instrumento o causa instrumental*. Por eso la conversación con los grupos que causan originariamente la riqueza es de la mayor pertinencia.

Primero, es un deber de las organizaciones del pueblo latinoamericano rechazar las responsabilidades del peso del pago de deudas inmensas contraídas por los gobiernos. No somos responsables deben decir las mayorías pobres: no contraímos nosotros la deuda, no nos consultaron, no nos beneficiamos, o sólo nos beneficiamos parcialmente. Y esta ubicación de los responsables cobra en ética social una urgencia enorme.

Hay que cargar la responsabilidad en los sectores de la sociedad colombiana que se beneficiaron de la deuda y no sólo la de los consumidores populares de servicios públicos. Hay que cargar responsabilidad también en los acreedores, de los grandes bancos internacionales y los organismos multilaterales, que prestaron bajo su propio riesgo, en un momento de rachas de posibilidades de colocar dineros.

Segundo, lo que está en juego, en primer término, no son las cuentas de los acreedores internacionales, sino la vida de millones de personas en el Tercer Mundo².

Plantear el problema como un problema de vida y de supervivencia, exigir que la economía se ponga al servicio de la vida y no al contrario, mantener que, si el Tercer Mundo en este momento debe más de un millón de billones de dólares, esa suma está pesando sobre más de mil millones de hombres y mujeres que están en la pobreza absoluta.

Tercero, la autodeterminación y la dignidad de nuestros pueblos exige que se termine la interferencia de los organismos internacionales en la administración financiera de nuestras naciones.

El gobierno es una cosa pública y por eso nos llamamos una República. Las negociaciones y los documentos que se firman con los organismos internacionales deben ser del conocimiento del público, y muy particularmente de las organizaciones obreras y populares y de las fuerzas que tiene el cons-

2 Véase la Encíclica *Sollicitudo Rei Socialis*, del 30 de diciembre de 1987 en que Juan Pablo II plantea que la deuda se ha convertido en un freno al desarrollo humano. No. 19.

tituyente primario. Porque la gente, que es la que va a pagar, tiene el derecho y la obligación de conocer las negociaciones que se están haciendo. La reflexión cristiana ha mantenido que el problema de la deuda, antes que ser financiero, es un problema de voluntad política. ¿Acaso no se la maneja así en los EE.UU., en Perú, en República Dominicana. ¿Por qué en Colombia no se lo plantea en estos términos?

Cuarto, finalmente, es necesaria la solidaridad internacional, partiendo del principio: "primero los que están peor".

Una de las actuaciones más sorprendentes del debate de La Habana la ofreció la clase política colombiana allí representada. Los dirigentes colombianos sostuvieron que nosotros somos distintos, que no tenemos ese problema, que no nos exijan que seamos solidarios pues el Tercer Mundo no lo fue con nosotros cuando estábamos en las vacas flacas.

Pero difícilmente podemos alegar con autoridad moral que somos diferentes a los otros pueblos en estos problemas en que está en juego la vida humana como es el problema del pago de la deuda.

Estamos tocando el fondo de la olla: Colombia, colocada por estudios internacionales y misiones de derechos humanos, como una nación que desprecia la vida ante el perplejo consorcio internacional.

En este país que se resiste a cambios estructurales para salvar las vidas de sus hombres y mujeres, que sobregua económicamente con los dólares letales de los narcotraficantes, necesitamos unirnos más que ningún otro, con los pueblos pobres del mundo porque requerimos como nadie de solidaridad.

La impresión que uno tiene es que la clase dirigente colombiana no quiere esa solidaridad; se ha procurado mantener la negociación de Colombia sola: el país bueno en un vecindario de malos. En cambio las clases populares quieren que se haga la solidaridad, la negociación colectiva de los países pobres endeudados del mundo. Aunque eso no satisfaga al "Grupo de París", de los grandes acreedores, que parecen más interesados en que no se unan los pobres a que se pague la deuda.

Ojalá con relación a la deuda y parafraseando a Bertold Brecht, no nos toque decir: *Primero hundieron a Nicaragua, porque no pagaba la deuda, pero como nosotros no éramos sandinistas no nos importó. Después hundieron al Perú porque no pagaba sino el 10%, pero como nosotros no éramos latinoamericanistas radicales no nos importó. Después hundieron al Brasil, pero como nosotros no somos tan grandes. . . Y ahora nos toca a nosotros y nos quedamos solos, porque cuando era tiempo no nos importaron los demás.*